

borotos á los fieles que se guardasen de ellas ; pero el pelagianismo , semejante á una serpiente que pasa sin ruido por debajo de las flores , penetraba hasta el alma de la Religion , y con su veneno sutil infestaba las partes mas nobles y mas íntimas , y no dejaba mas de religion que el esqueleto y vana apariencia.

Contra estos peligros fortificó el Señor la santa ciudad con aquella abundancia de doctrina y de luces que resplandecieron en menos de dos siglos. Por grande que fuese el número de los seductores , basta para oponerse á su multitud solo el Obispo de Hipona , el grande Agustin : ¿ cuánto mas otros grandes Santos y Doctores que se vieron en el curso de los mismos siglos ? Tales fueron , para no nombrar sino los mas famosos , un San Leon , un San Cirilo de Jerusalem y el de Alejandría , los Gerónimos , los Epifanios , los Gregorios Naciancenos y Nisenos , los Basilio , los Anfiloquios , los Crisóstomos , los Ambrosios , los Hilarios , y su digno modelo el incomparable Atanasio : multitud sin duda superabundante con ser entonces grande la necesidad de la Iglesia ; pero el Señor estaba como poniendo la última mano al edificio como su arquitecto y obrero principal. Aunque le habia establecido sobre el fundamento de los Profetas y de los Apóstoles , como estos divinos monumentos se pueden mirar y se miran bajo aspectos tan diversos , correspondía á su inmutable sabiduría fijar para siempre el sentido de los puntos capitales , examinados ya por una multitud de intérpretes tan llenos de su espíritu , y tan distinguidos aun en el orden de los talentos grandes , que no se pudiese oponer á la unanimidad de sus votos y pareceres sino la estupidez y una enfadosa temeridad.

Con efecto , ¿ qué fuerza de razon es la que se halla en sus

escritos ! ¿ Qué dilatada y selecta erudicion ! ¿ Qué gracias y qué elocuencia ! Que los Padres latinos y la mayor parte de los griegos se espliquen con menos pureza de language que los oradores de Roma y de Atenas , podrá ser , mas no por eso parecerán menos elocuentes para el que sabe discernir la elocuencia de la locucion , como que esta es la corteza de aquella. Siempre se observará que eligen las razones mas fuertes y propias para mover : que las presentan con orden y á las mejores luces : que usan de imágenes vivas , de figuras grandes y animadas ; en una palabra , que sus discursos son persuasivos y penetrantes , y mucho mas agradables que los de todos los escritores de su tiempo . ¿ Qué diferencia por egeplo no se halla entre el modo vano , afectado y pueril de Libanio , y el sentido perfecto y bien compendiado , la energía y exactitud , el verdadero aticismo de San Basilio , y aun la abundancia , un poco asiática , pero siempre sólida é interesante de un San Juan Crisóstomo ! ¿ Qué diferencia no se advierte entre la puerilidad de Símaco , y la natural amenidad , y la noble y limpia sencillez de un San Ambrosio !

Pero hablemos de lo que mas importa : ¿ qué unánime conformidad en el grande número de Doctores en cuanto al fondo de las cosas , en todos los puntos capitales y en cada artículo de nuestra creencia reconocido de la Iglesia por tal ! Ni la distancia de los lugares en donde habitaron en las tres partes del mundo conocido , ni la diferencia de costumbres , de ideas , gustos é idiomas , ni la distancia de los tiempos contando desde esta época hasta llegar á los primeros discípulos de los Apóstoles , nada de esto ha causado la menor diversidad en la enseñanza y creencia pública : todo concurre á formar la cadena de la tradicion

perpétua, y no menos fija que el depósito de la revelacion de la Escritura, como que la tradicion es el complemento de la revelacion. No hay duda que en esta multitud de hombres de ingenio se advierte la rica variedad de talentos naturales, y los dones que recibieron del cielo; y así se admirará en San Atanasio la sagacidad y fuerza del razonamiento; en San Ambrosio la suavidad y dulzura del estilo; en San Juan Crisóstomo una elocuencia brillante y patética; en San Basilio la noble elegancia y precision; en San Gregorio el teólogo la sublimidad junta con la exactitud; en San Gerónimo el nervio y la erudicion; y por último la mayor parte de estos estilos, empleados en diferentes lugares por San Agustin, segun los considera mas útiles para la Iglesia; pero al mismo tiempo se hallará entre todos ellos una invariable conformidad de doctrina, y la mas perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia. No obstante ser tan atractiva la materia, y tan natural al hombre la inclinacion á ponderar y á trabajar de imaginacion en el fondo inagotable del dogma y la moral, estos santos maestros muy diferentes de los retóricos y filósofos, nunca aspiran al mérito de la invencion, antes la miran como la tacha mas vergonzosa para sus escritos y sus personas; toda su gloria doctoral la ponen en recoger fielmente las verdades mas conocidas, y transmitir las despues sin la menor sombra de alteracion. La mayor ventaja que pretenden llevar á sus émulos los hereges, es convencer al universo de que no se portan así estos vanos y falsos doctores.

La regla de los Concilios generales, órganos infalibles de la Verdad increada, es el sentido que da á las Escrituras el torrente de los Padres, ó la uniformidad y perpetuidad de la creencia

y enseñanza de los Doctores y Pastores de las diversas Iglesias; y así se procedió, siguiendo el ejemplo del primer Concilio universal en los de Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y todos cuatro se comparan con los Evangelios en el derecho que tienen á nuestra sumision: todos cuatro se celebraron en los ciento veintiseis años que podemos considerar en esta primera edad como el tiempo de la adolescencia de la Iglesia, que era en el que, si podemos decirlo así, debia este vasto cuerpo naturalmente experimentar mas fermentacion; y si se vió entonces todo el choque de humores, pasiones y opiniones, en ellos se examinaron, se aclararon y quedaron sentados para siempre todos los principios que debian calmarlas y arreglarlas, y todos los puntos fundamentales de la doctrina de la salud.

Sin embargo, poco tiempo despues se vieron la relajacion mas estraña y los mas tristes escándalos. No hay cosa mas horrible que la pintura de las costumbres africanas, que presto veremos en los vehementes escritos del Sacerdote Salviano. Apenas hablan con menos fuerza San Gerónimo y San Crisóstomo de los abusos que ellos tenian á la vista. San Gerónimo, que tanto respetó la Iglesia Romana, dice no obstante, que habia penetrado el contagio hasta aquel santuario augusto, y que habia en él algunos eclesiásticos tan entregados á la afectacion que se ve en nuestros dias, y que siempre es señal de la frivolidad de las costumbres si no demuestra que están corrompidas, que algunos clérigos solicitaban los empleos que menos los alejaban del trato con las mugeres, y que habia otros que procuraban agradar á las señoras ancianas y opulentas para lograr sus liberalidades testamentarias. En las advertencias que á los clérigos de su Iglesia hace el elocuente Patriarca de Constan-

tinopla, se ve que los griegos solo se diferenciaban de los latinos por la mayor destreza en paliar de algun modo las conexiones sospechosas. ¡Qué tempestad no suscitó contra este Pastor vigilante el haber afeado la asociacion de los clérigos con las que ellos llamaban hermanas adoptivas, y el público mugeres subintroducidas! Júzguese de la grandeza del mal por el esceso á que llegaron los culpados, que fue procurar al santo Obispo aquel cruel destierro en que se rindió su vida á los continuos malos tratamientos; pero adviértase tambien el valor episcopal con que sostuvo las costumbres y la buena disciplina en medio de tantas calamidades.

Si se vió asimismo que la ambicion solicitaba el Obispado, tambien se resucitó la pureza severa de los antiguos cánones. Ya se iban pasando aquellos tiempos dichosos, en que unas veces era preciso arrancar por fuerza de su gruta á un humilde solitario para que subiese á la Cátedra Pastoral, y otras poner guardias á un lego virtuoso temiendo que se escapase huyendo. Pero la Iglesia contra la licencia profana invocó las potestades que esteriormente la protegen, y que pusieron en su vigor los cánones que declaraban indigno del Obispado al que no elevaban á esta dignidad á pesar suyo.

Llegaron la relajacion y los abusos hasta la clase privilegiada de fieles, que por tanto tiempo habia sido la edificacion y el mas dulce consuelo de la Iglesia. El espíritu de error y de parcialidades todo lo confundió entre los solitarios que eran casi innumerables en el imperio de Oriente. Bebieron muchos de ellos en los principios de Eutíques, y tomaron el gusto de la independencia, de la sedicion y de la rebelion declarada. Los atentados de los hereges escitaron algunas veces entre los Católicos

el entusiasmo y la rivalidad, y así se verá una tropa de quinientos monges, que saliendo del monte de Nitria hizo una irrupcion en la capital de Egipto, y puso sus manos violentas en el Gobernador, porque se mostraba contrario á los defensores de la sana doctrina. Se verá que en los alborotos del origenismo, los hereges, que eran partidarios de Teodoro de Cesaréa y de Domiciano de Ancira, formaron un ejército de los monges que habian sido sus hermanos, y sitiaron las lauras católicas, dieron asaltos y batallas con todos los espectáculos de la guerra, é inundaron de sangre toda la escena.

¡Pero! ¡qué desgracia mayor que ver las tres Sillas del Oriente ocupadas por los Eutiquianos, la Iglesia imperial abandonada á la perfidia de Acacio, la de Alejandría sucesivamente hecha presa de Timoteo Eluro y de Pedro Mongo: ver otro Pedro dejar el instrumento de lavadero de paños por el cayado pastoral, y manifestar en la augusta Silla de Antioquía unos sentimientos indignos aun de la mas vil profesion! Todavía corrió la Iglesia mayor peligro bajo el tirano Basilisco, que hizo condenar los santos decretos de Calcedonia por quinientos Obispos; y tal vez aquel Henótico del Emperador Zenon, que establecia la igualdad entre la verdad y la heregía, fue un lazo mas peligroso que el escándalo de Basilisco.

En Occidente, al primer aspecto de los nuevos peligros que va á correr la Iglesia abandonada como las reliquias del Imperio á la ferocidad de veinte pueblos bárbaros, ¿quién no creería que habia de titubear mas que en las sectas orientales? Pero la serie de los sucesos servirá para que mejor entremos en las miras del eterno Conservador del edificio de su Cristo, el que, como piedra angular sobre la cual se levanta, rompe cuanto llega á

tropezar con ella; ó como nave invencible precipita y sumerge con su masa las frágiles barquillas que se le oponen al paso. La Iglesia parece que debia verse abatida, trastornada, aniquilada con las violentas irrupciones de los que arruinaron el trono de los Césares, y fue tan al contrario, que triunfó de los vencedores que habian triunfado de los que eran dueños del mundo.

No solamente imprimió el respeto por medio de sus humildes ministros en el terrible Átila, llamado el azote de Dios, y en Odoacre el despreciador ó destructor de la divinidad imperial, sino que impuso su yugo al mayor de estos nuevos potentados. «Abate tu cuello, soberbio Sicambro, dijo al fundador de una de aquellas potencias que todavía tiene entre ellas el primer lugar, adora lo que blasfemabas y quema lo que has adorado. Los Anglo-Saxones pusieron el colmo á la desgracia de la gran Bretaña, que los habia llamado á socorrerla. Enjambres de opresores en lugar de libertadores talaron continuamente á aquella hermosa conquista, y establecieron en ella hasta siete tiranos; pero despues de haber subyugado los pueblos y los Príncipes, los vereis abrazar el culto santo y las leyes de los vencidos, y hacer del teatro de sus robos la tierra de los santos y el asilo mas seguro de la Religión.

Si los bárbaros infestados de la heregía se mostraron mas enemigos de la verdadera fe que los idólatras, tambien la proteccion del Señor para con su Iglesia resplandecerá mas claramente en la obediencia sincera que á su tiempo la rindieron. Admiraremos desde luego la economía de la Providencia divina, que no les permitia pasar de los términos en que el arrianismo estaba encerrado, hasta que destruido éste, ó por lo menos infamado en el Imperio, ya no tenia motivos de seducir, y así

sus feroces y groseros secuaces podian hacer Mártires, pero no apóstatas. Aquellos bárbaros que habian manifestado mas afecto á las impiedades de Arrio, esto es, los Suevos, á egemplo de su Rey Teodomiro, y los Visigodos, siguiendo las pisadas del piadoso Recaredo, se señalaron en la fe católica sobre todas las naciones antiguas y modernas, y el título de Católico fue para su Monarca el mas lisongero, y para sus pueblos el mas venerado.

Si el vándalo endurecido se obstina en el error, la divina justicia rompe el cetro en la mano que no quiso rendirse á la clemencia, y de la misma obstinacion de los perseguidores sacó las mas preciosas ventajas para los fieles. La Iglesia de África, desfigurada antes de estas pruebas con las manchas mas abominables, perdió el incentivo de sus vicios, carcomiéndose estos en el crisol de las persecuciones, y de ellas salieron su virtud y su fe tan puras y vigorosas que no se las verá desacreditarse. Para arruinar el cristianismo en África determinarán los secuaces de Mahoma esterminar á los mismos Africanos, y dividir con los tigres y leones su dominacion destructora. En una palabra, triunfará la fe Cristiana tan perfectamente de la idolatría y de la bárbara heregía, que antes de acabarse el siglo sexto, todos aquellos nuevos señores, los Herulos, Ostrogodos y Lombardos en Italia; los Visigodos, Alanos y Suevos en España; los Francos y los Borgoñones en las Galias, ó perderán sus coronas y sus nombres, ó abjurando la impiedad rendirán sus respetos al Hijo de Dios y á su Iglesia.

Es verdad que la mayor parte de aquellos primeros Príncipes, que con tanto dolor habia dado á luz la Iglesia, la hicieron experimentar otras muchas amarguras, y afligieron sobre

todo á una madre tan tierna con la negligencia y descuido en procurar adelantarse en el negocio de la salvacion, que es el punto absolutamente necesario; pero al mismo tiempo que hacian en sus propias almas mortales heridas, perseguian á lo menos los vicios extraordinarios, y alababan las virtudes que no chocaban de frente con sus inclinaciones: tal vez sucedia, que con una rectitud conforme á sus duras, pero íntegras costumbres, daban contra sí mismos la sentencia, y se entregaban á tales penitencias que se veía precisada á moderarlas la prudencia de los Pastores. Su fervor impetuoso no entendia de las lentitudes, de la circunspeccion y la política que dan lugar á que falten todas las obras de edificacion, ó las quitan casi todo lo que mas nos edifica. Algunos veremos, que como Sigismundo Rey de Borgoña, no bien habian cometido la culpa, prorrumpieron en un dolor que no calmaba con todas las obras de espiacion, y suplicaban efectivamente á la divina justicia que lavase su pecado con su sangre. Admiraremos á Childeberto, que habiendo manchado sus manos en la sangre de sus sobrinos, se detiene en la misma egecucion de aquella maldad, y se aplica todo el resto de su vida á consolar la Iglesia afligida por su escándalo enorme. La mayor parte de aquellos Príncipes, al mismo tiempo que se abandonaban á sus pasiones, mostraban zelo por toda especie de buenas obras que no se oponian á sus inclinaciones, y contribuían de algun modo al adelantamiento del servicio divino. De aquí nacieron tantos monasterios fundados con las riquezas suficientes para servir de asilos á la piedad de infinitos fieles: tantas Iglesias edificadas y adornadas con magnificencia: tantos bienes ofrecidos, y tantas disposiciones de toda especie para el buen orden y magestad del culto público.

Estos Príncipes, aunque viciosos, gustaban de la virtud y la estimaban: veneraban á los Pastores, y tomaban muchas veces sus consejos: libres en su ignorancia de nuestras paradojas y nuestro pernicioso alambique, conocian por lo menos la estrecha conexion que habia entre los intereses de la Religion y los de sus coronas; y así con la sumision de los pueblos mantenian las costumbres, la disciplina y la obediencia debida á sus naturales depositarios; esto es, á tantos Obispos venerables que entonces el Señor envió á las regiones conquistadas, y tal vez con mayor abundancia que en ningun otro tiempo. Hablemos de solas las provincias de la Galia, y apenas los podremos contar. ¡Qué Pastores hubo mas dignos que San Avito de Viena, San Medardo de Noyón, San Gotardo de Ruán, los Santos German de Auxerre y German de París &c., con otros infinitos y casi todos contemporáneos! Si la sociedad de los bárbaros, hechos ya ciudadanos, habia ocasionado relajaciones y desórdenes casi inevitables, ¡con qué vigilancia, prudencia y perseverancia infatigable, tanto en sus particulares diócesis, como en sus frecuentes Concilios, estudiaban los momentos mas preciosos, y elegian los medios mas acertados para contener el progreso de los abusos, salvar del naufragio lo que habia quedado de las antiguas reglas, y acercarse insensiblemente al buen orden primitivo! Si usaban de indulgencia con los vencedores que acababan de pasar de la barbarie á la ley sublime de Jesucristo, no eran menos justas sus prudentes compensaciones. Sin faltar á las obligaciones indispensables, les indicaban entre los caminos diferentes que llevan al mismo término, las sendas mas propias por donde al fin llegarían.

El daño mayor que los bárbaros causaron en la Iglesia, fue

sin contradicción la decadencia de las ciencias y la del estudio, incompatible con sus costumbres vagas, sus correrías perpetuas y sus tumultuarias expediciones. Lo que principalmente sostenía la fe y las costumbres, finalizadas las persecuciones generales, esto es, el fruto de los sabios trabajos de los santos Padres y Doctores, se vió cuando menos despreciado de las nuevas naciones, si no incurrieron también en el desprecio general que estas concibieron de la cultura de las artes liberales: estas eran la ocupación exclusiva de los vencidos, esto es, de los antiguos habitantes, y pasando el desprecio de esta ocupación á los que en ella se ejercitaban, la miraron los vencedores como ejercicio de la cobardía. Pero no sucede con las ciencias lo que con los imperios, cuya catástrofe se verifica con solo perder una batalla. Para que cayesen los estudios y las artes se necesitaron siglos enteros, y así no se efectuó hasta la segunda edad de la Iglesia. La primera edad de esta casi siempre fue igualmente luminosa en toda la extensión de los seis siglos, y en la misma época de la invasión de los bárbaros derramó el cielo la doctrina y las luces con una profusión capaz de refluir hasta los tenebrosos días, que debían traer naturalmente tantas tempestades como sobrevinieron.

; Cuántos rasgos brillantes de virtud y de doctrina no ilustraron también el sexto siglo! En el mismo Oriente, en donde el espíritu de fe y de unidad ya amenazaba la triste declinación, y en donde los Emperadores Anastasio y Justiniano hallaron tanto número de Clérigos, Abades y Obispos fáciles á seguir sus profanas empresas, vemos al mismo tiempo santos Prelados y cenobitas ilustres, incapaces de hacer traición á la causa de Dios por servir al César; y así admiraremos entre los solitarios á San

Sabas y á San Teodosio, que de la integridad de la fe hicieron la base de la disciplina y de la perfección regular que restauraron. Si los Patriarcas de Antioquía y de Jerusalén, Flaviano y Elías, se olvidan de la veneración debida á un Concilio general: si Macedonio cae en la flaqueza ó en la simplicidad de subscribir al Henótico del Emperador Zenon, veremos como estos mismos Obispos repararon su culpa con ventaja, y quisieron más perder sus Sillas que abandonar la fe: veremos al mismo Justiniano, aunque sobre otros intereses de la Iglesia poco inteligente, que la protege con sus leyes, la honra con su celo en reducir una multitud de hereges y cismáticos, y trabaja con eficacia por estenderla entre las naciones infieles.

Pero la edad de fervor mereció en el Occidente toda la gloria de este título; pues en él apareció un San Benito en Italia, ilustre Patriarca de nuestros cenobitas, de cuyas virtudes y milagros fueron los Reyes testigos y admiradores: un San Columbano en la isla de los Santos, y después en los diferentes reinados de la Galia: un San Martín de Dume en España; un San Fulgencio en África y en las costas incultas de la Cerdeña, en los retirados parages de la piratería y el robo; todos estos hacen florecer la piedad, la regularidad, el desamparo, la concordia y todas las virtudes sublimes que se admiraron en la sociedad de los primeros fieles. No hablo de sus innumerables discípulos casi tan dignos de la admiración como sus maestros, ni de la multitud de Cristianos perfectos que brillaron en todas las condiciones y clases, principalmente en la del Obispado. Solamente un San Gregorio que por su virtud, prudencia y doctrina consiguió tan justamente el sobrenombre de Grande, bastaría para ilustrar su siglo para siempre.